



## Fábulas en verso castellano

Juan Eugenio Hartzenbusch

De estas FÁBULAS, aumentadas con otras hasta el número de CIENTO, se ha formado distinta colección en un tomo elegantemente impreso en papel fino, con el objeto de que sirva a los profesores de instrucción primaria para dar premios o aguinaldos a sus discípulos.

Fábula I  
Que sirve de INTRODUCCIÓN.  
El treinta de abril.

Náufrago libre de borrasca fiera,

día treinta de abril, pisaba un hombre

la plácida ribera

de una isla verde, cuyo propio nombre

Isla del Nacimiento ser debiera.

5

Observando solícito el paraje,

y no viendo la tierra cultivada, [6]

preguntó para sí con amargura:

-¿Si no estará poblada?

¿Si aquí la población será salvaje?-

10

De este modo confuso discurría,

cruzando una espesura;

cuando, ¡válgame Dios! ¡Con qué alegría

vio un trillado sendero, donde había

diversas en tamaño y en figura,

15

huellas de cuatro pies con herradura!

-Ya (exclamó) no hay cuidado:

estoy en un país civilizado:

sólo en un pueblo culto se procura

que gasten los cuadrúpedos calzado.  
20

Siguiendo la vereda,

en un camino entró llano y derecho.

-No hay camino sin gente. -Dicho y hecho.

Una gran polvareda

se alza en la extremidad del horizonte;  
25

divísanse entre el polvo diferentes

caballeros con armas relucientes,

plumas, preseas y admirable pompa;

repite el eco del vecino monte

rudo son de timbales y de trompa,  
30

y óyese luego aclamación festiva

de ¡Viva el nuevo Rey! ¡Viva el Rey ¡Viva!

Los jinetes se apean,

obsequiosos al náufrago rodean,

y antes que diga nada

35

[7]

ni acierte a disponer de su persona,

pónenle un manto real y una corona,

que a prevención la comitiva trajo;

súbenle a una carroza engalanada;

y entre clamores mil, con gozo grande,

40

majestad por arriba y por abajo,

mucho tirar al aire los sombreros,

y dale que le das los timbaleros,

dicen al nuevo príncipe que mande

a su cochero que ande;

45

y haciendo los caballos una curva,

por donde vino tórnase la turba,

gritando sin cesar: ¡Viva Facundo

milésimo octogésimo segundo!

-Vamos, (dijo el monarca improvisado),

50

sin duda en esta tierra, que ya es mía,

Facundo se le pone,

llámese Andrés o Juan, Luis o Conrado,

a todo hombre de bien que se corone.

Bien antigua será la monarquía  
55

donde, si llevan sin error la cuenta,

los reyes pasan ya de mil y ochenta.

Un paje que le oía

repuso: No es extraño,

porque duran aquí tan sólo un año.  
60

Hoy, último de abril, la Providencia

cada año nos envía

un joven para rey: desde tal día, [8]

trescientos, reinará, sesenta y cinco

sobre vasallos, cuyo solo ahínco  
65

darle gusto será con su obediencia.

Pero (estén disgustados o contentos

ellos con él), corridos los trescientos

sesenta y cinco días, ordinario

número que tener el año debe,  
70

no trayendo febrero veintinueve,

su majestad allá de mañanita

recibe la visita

de catorce alguaciles y un notario,

que le dice cortés, pero algo recio:  
75

Llegó San Indalecio;

treinta de abril es hoy, y el calendario

de este dominio reza

que mude la corona de cabeza.

Dejarla es necesario.  
80

Ya vuestra majestad es rey cumplido:

vuestra merced se dé por despedido.

Con lo cual, y sin dimes ni diretes,

cogen a Don Facundo los corchetes,

y en una estéril y desierta playa  
85

le dejan que se quede o que se vaya.

-Oyes, oyes, querido,

(replica el soberano principiante)

¿y de qué vive ese hombre en adelante?

-Vive de la carrera que ha emprendido  
90

para poderse manejar mañana, [9]

bien o mal o peor, conforme gana.

Sujetos hay de los que fueron reyes,

que dándose al estudio de las leyes,

celebridad consiguen y dinero:

95

uno toma el fusil, otro el arado;

éste vende licores o pescado,

esotro es eclesiástico eminente,

aqué!, diestro pintor: últimamente,

para adquirir el pan el forastero,

100

le ha de sudar la frente,

pues ni en la clase ilustre ni en la baja

ninguno come aquí si no trabaja.

Cesó el paje de hablar, y el rey contesta:

Eso no me disgusta:  
105

vivir de mi trabajo no me asusta.

Sepa el amigo paje

que por juego una vez tejí una cesta;

con un año cabal de aprendizaje,

cualquiera alcanzaría  
110

destreza regular en cestería.

Desde hoy constantemente

seis horas al oficio me consagro,

hasta que labre un cesto, que en su clase

por un esfuerzo pase  
115

del arte cesteril, por un milagro.

Su majestad salió tan excelente

compositor de mimbre gordo y fino,

que en el concurso de la industria, vino [10]

a conseguir el respectivo premio,  
120

siendo solemnemente declarado

primoroso oficial, honra del gremio.

Al fin de su reinado,

quedándole por única prebenda

su rara habilidad, abrió su tienda,  
125

que nunca se veía

de concurrentes útiles vacía.

Trabajador y gastador juicioso,

riquezas allegó, se hizo famoso,

y sucesivamente fue nombrado  
130

alcalde, diputado,

inspector del marítimo registro,

cuatro veces virrey y al fin ministro;

todo por ser sujeto

que observaba su ley con fe y respeto,  
135

ser íntegro y veraz, de buena pasta,

y único para armar una canasta;

de modo que a porfía

cada insular, al verle, prorrumpía:

No tenemos aquí, ni habrá en el mundo  
140

mejor conciudadano ni cestero,

que el sucesor insigne de Facundo

milésimo octogésimo primero.

## LECTORES Y LECTORAS

JÓVENES, que en estudio provechoso  
145

vais a ocupar las fugitivas horas, [11]

mirad en ese náufrago dichoso,

cuya vida tracé con desaliño,

la historia general de todo niño.

Nace: padres, abuelos y parientes  
150

le reciben con júbilo y cariño;

le miman con frecuencia,

sobrado complacientes;

y en fuerza de los lloros exigentes

con que por todo a todos importuna,  
155

reina con veleidosa omnipotencia

desde el movable trono de la cuna.

Pero el tiempo voraz, el que sin duelo

traga vidas, y mármoles y bronces,

pronto deja al muchacho sin abuelo,  
160

y sin padre tal vez y sin herencia,

y es forzoso por sí vivir entonces.

A peligros tan ciertos y fatales,

otro remedio no hay que la enseñanza,

que aprovecha en la edad plácida y verde  
165

las ventajosas prendas naturales,

ilustra corazón y entendimiento,

y un tesoro nos da que no se pierde.

Forma, QUERIDOS JÓVENES, la vida

serie no interrumpida  
170

de gusto y de tormento,

de hórridas tempestades y bonanza;

pero, aunque en medio de vaivenes tales,

fiero tropel de males [12]

amenace violento  
175

doblegar vuestras débiles cervices,

con virtud y talento

no tenéis que temer, seréis felices. [13]

Fábula II  
La joya milagrosa.

Hay, según los navegantes,

allá lejos un país,

cuyos pobres habitantes

andan a todos instantes

con sus bienes en un tris.

5

Ya un espantoso huracán

hace en la cosecha riza,

ya sepultura le dan

las piedras, lava y ceniza

de un repentino volcán.

10

Los de ilustre jerarquía

y los míseros gañanes,

todos viven entre afanes,

recelando cada día

terremotos y huracanes.

15

Para auxilio en tales daños,

entrega el común señor

allí a cada morador,

ya desde sus tiernos años,

una joya de valor.

20

[14]

Y tales prodigios obra

la joya a los niños dada,

que con ella todo sobra,

y sin ella no se cobra,

de lo que se pierde, nada.

25

Sin embargo, aquella gente

se echa tanto el alma atrás,

que es la cosa más frecuente

perder la joya excelente,

y no recobrarla más.

30

Causará sin duda espanto

su locura; pero ¡qué!

¿Nada igual aquí se ve?

¿No hacen muchos otro tanto

con la joya de la fe?

35

Y sus luces, en verdad,

son las que nos guían solas

a puerto de claridad

en la noche y en las olas

de la ruda adversidad.

40

[15]

Fábula III

La rosa y la zarza.

Murmuraba impaciente

una rosa naciente

del cautiverio duro que sufría,

porque una zarza espesa la tenía

con sus punzantes vástagos cercada.

5

-Yo (sin cesar decía),

yo no disfruto aquí ni sé de nada;

sin un rayo de sol, tasado el aire,

desperdicio, de todos ignorada,

y entre espinas incómodas reclusa,  
10

mi fragancia, colores y donaire.

La zarza respondió: Joven ilusa,

tu previsión escasa,

del bien que te hago, sin razón me acusa.

Bajo mis ramas a cubierto vives  
15

del sol canicular que nos abrasa;

el golpe no recibes

del granizo cruel que nos deshoja;

y ese muro de espinas que te enoja,

defiende tu hermosura

20

[16]

de que una mano rústica la coja.

La flor entonces, de despecho roja,

¡Mal haya (replicó) la ruin cordura,

que de riesgos que no hay, tiembla y se apura!

No fue la maldición echada en vano.

25

A los pocos momentos un villano

llega con la cortante podadera:

la despiadada mano

descarga en el zarzal; hiere, destroza,

y tan completamente me le roza,

30

que ni un retoño le dejó siquiera.

Poco de la catástrofe se duele,

persuadida la rosa de que gana,

quedándose sin aya que la cele.

Descanse en paz la rígida guardiana.

35

¡Qué feliz su discípula es ahora!

Bañada en el relente de la aurora,

descoge con orgullo

su tierno y odorífero capullo:

princesa de las flores

40

la proclaman los pájaros cantores.

Pero el viento la empolva y la molesta,

sol picante la tuesta,

la ensucia el caracol impertinente

con pegajosa baba,  
45

y apenas se la enjuga,

cuando voraz la oruga

su venenoso diente [17]

una vez y otra vez en ella clava.

Se descolora la infeliz, se arruga,  
50

y una ráfaga recia de solano

desparramó sus hojas por el llano.

Es el recogimiento

condición de las jóvenes precisa:

falta en la mocedad conocimiento  
55

del suelo que se pisa.

La niña que imprudente,

sola y sin guía recorrer intente

la senda de la vida peligrosa,

tema la suerte de la indócil rosa.

60  
[18]

Fábula IV  
Los premios de la emperatriz.

La emperatriz Sofía

cuatro veces al año repartía

en pública sesión dos medallones,

cada cual de valor de cien doblones,

premio del colegial y colegiala,  
5

que eran en los exámenes juzgados

en grado superior aventajados.

Vestiditos de gala,

y de curiosa multitud cercados,

entraban juntos en la rica sala,  
10

donde, al son de trompetas y atabales,

a veces con la joya recibían

otros diversos dones

de las pródigas manos imperiales;

al paso que en algunas ocasiones  
15

corridos niño y niña se veían

al recibir, delante

de aquel numerosísimo concurso,

dádiva tan chocante,

que la plebe y la corte, sin recurso,

20

[19]

burlábanse con dura pertinacia

de los dos angelitos: verbi gracia.

Benito y Valentina,

chicos de doce abriles,

él docto en la gramática latina,

25

y hábil ella en labores femeniles,

fueron los dos electos

por la junta de escuelas competente

como pareja igual, sobresaliente,

como alumnos perfectos  
30

de latín y costura. Lindamente.

Pero es el caso que en palacio había

un pajarito azul, que los defectos

de los niños de escuela descubría;

y el pájaro maldito  
35

contó a la Emperatriz... -¡Qué picardía!

Yo, vamos, el pescuezo le torciera.

Contó de Valentina y de Benito

la corta friolera

de que él era un llorón, y ella una fiera.  
40

Ya llegó el día de función prescrito.

La señorita, pues, y el señorito

prepáranse de prisa y van despacio

(porque mejor los miren) a palacio.

Su Majestad al cuello

45

les pone, al son del atabal sonoro,

los codiciados medallones de oro;

y después (aquí es ello) [20]

dice a Benito así: Cierta avecilla

que os atisba las faltas y las pilla,

50

te acusa de marica y apocado;

por lo cual, que te compren he mandado

ese cumplido chal y esa mantilla:

póntelos de contado.

Y usted (dijo a la niña) que es persona  
55

del sexo débil y de clase fina;

pero que audaz y díscola y gritona,

en vez de Valentina,

merece se la llame Valentona,

sepa que por sus rústicas hombradas,  
60

le va a plantar aquí mi camarera

un par de charreteras encarnadas

y una gorra de pelo granadera.

Pues o renuncian a su ser y nombre,

o han de tener por cualidad primera  
65

dulzura la mujer, valor el hombre. [21]

Fábula V  
La verdad sospechosa.

Llevaban a enterrar dos granaderos  
al soldado andaluz Fermín Trigueros,  
embrollón sin igual, que de un balazo  
cayó sin menear ni pie ni brazo.

-¡Hola, sepultureros!  
5

(les dijo un oficial), ¿murió ese tuno?

-Murió, (contesta, de los dos, el uno).

Aquí Trigueros en su acuerdo torna,  
y oyendo la expresión, dice con sorna:

Lo que es por la presente,  
10

me figuro que vivo, mi teniente.

A lo cual replicó su camarada:

No dé usted a Fermín crédito en nada.

Siempre embustero fue: su fin es cierto;

pero aún miente el bribón después de muerto.

15

Quien falte a la verdad, con eso cuente:

dirá que hay Dios, y le dirán que miente. [22]

Fábula VI

Pedro Enreda.

De aquel célebre Juan, por mote Lanas,

hijo fue Pedro, por apodo Enreda,

buscador impertérito de nidos

en tiempo de la veda,

verdugo de lagartos y de ranas,  
5

y apedreador insigne de ventanas.

Estudiaba latín... Miento: asistía

quince días al mes, y no seguidos,

a la clase del dómine García;

pero eso de estudiar... ¡qué tontería!  
10

Les embelesa tanto los sentidos

a ciertas criaturas

el placer sin igual de hacer diabluras,

que es trabajar en vano

enseñarles latín ni castellano.

15

Al salir, pues, el estudiante maula

un miércoles del aula,

le fue Juan a esperar: llegó temprano,

y estando enfermo por allí un vecino,

pasose Juan a verle de camino.

20

[23]

Perico Enreda en tanto

se anticipó a salir. -A jugar, ea.

Hoy me toca ejercicio de pedrea;

mas que venga, provisto de antiparras

por la calle y me vea

25

ese dómine abanto,

gruñidor y estafermo.

Yo sabré libertarme de sus garras.

Dice: y agarra un canto,

mira con precaución a la redonda,  
30

ve una ventana abierta,

(era la de la alcoba del enfermo),

lanza por ella el proyectil con honda,

y al inocente Juan a darle acierta

en lo alto de la calva descubierta,  
35

causándole del golpe tal herida,

que por gracia de Dios quedó con vida.

Malas inclinaciones de muchachos,

que el rigor a su tiempo no endereza,

darán el fruto de partir en cachos  
40

al indolente padre la cabeza. [24]

Fábula VII  
El envidioso.

Magnífico manzano

en el corral de un clérigo crecía.

Un vecino, de envidia se moría

viéndole tan fecundo y tan lozano:

él ni manzano ni corral tenía.

5

Y ya que de otro modo

no supo desfogar su encono fiero,

arrojaba al frutal desde un granero

el desperdicio de su casa todo,

haciendo del corral estercolero.

10

Bien ensució el ramaje;

mas la lluvia a su tiempo le limpiaba,

la tierra con la broza se abonaba,

y el resultado fue del ruin ultraje

que más fruto y mejor el árbol daba.

15

Más útil que nociva

es la gente mordaz que tanto abunda,

pues hace con su rabia furibunda

que el íntegro varón más cauto viva,

y más pronto a sus émulos confunda.  
20  
[25]

Fábula VIII  
La rosa amarilla.

Amarilla volviose

la rosa blanca,

por envidia que tuvo

de la encarnada.

Temán las niñas  
5

convertirse de blancas

en amarillas. [26]

Fábula IX  
Los cascabeles de oro.

Blanca, rubia, lindísima, salada,

risueña, bien hablada

y en mil habilidades eminente

para su corta edad, tal era Rosa;

mas ¡ay! Enteramente

5

sus raras prendas olvidar hacía

una falta notable que tenía.

Rosita, la discreta, la donosa,

dio en la maña fatal de ser curiosa.

En acechar pasaba todo el día:

10

todo, mal o bien, lo averiguaba,

y en seguida a parientes y lejanos

todo con adiciones lo contaba:

curiosidad y chisme son hermanos.

Y si alguno lo duda, gente seria  
15

le enseñará, tratando la materia

con grande copia de razones altas,

que rarísima vez existe sola

una de aquellas faltas.

Atisbar y contar, allá en el juicio  
20

de muchos y doctísimos varones, [27]

son como en el reptil cabeza y cola:

son dos partes de un cuerpo, dos acciones

unidas con recíproco ejercicio:

dos formas de pecar que tiene un vicio.  
25

-Basta de digresión, que va larguita.

Sigamos con la historia de Rosita.

Era bien infeliz: a cada paso

llenaban a su madre las orejas

de avisos y de quejas  
30

diferentes personas

dignas de hacer de su dictamen caso;

y Rosa castigada,

sin tregua ni descanso padecía

dolorosos ayunos y encerronas,  
35

y siempre se veía

de toda suerte de placer privada,

raramente vestida y mal peinada.

Doña Tomasa, su mamá, se dijo:

Veré, con un ardid, si la corrijo.  
40

No se trate ya más de penitencia.

Tomó la diligencia,

y marchóse a vivir en un cortijo.

Como por incidencia,

vino allí de la corte  
45

el médico ordinario de la casa.

Encerróse con él doña Tomasa,

y atando por adentro el picaporte

por no tener la cerradura llave, [28]

fingieron ventilar negocio grave.  
50

Rosita, con aquellos aparatos,

ya se supone que se puso alerta:

quitóse los zapatos,

y alzados los talones,

pasito a paso fue como un pilluelo,  
55

y atisbó por debajo de la puerta.

Echada la curiosa por el suelo,

besando los ladrillos,

oyó decir a su mamá: Razones,

indulgencia, rigor, todo se aplica;  
60

pero nada me vale con la chica.

Hay otros defectillos

que se pueden sufrir; pero éste, creo

que si no es el más feo,

es el que excita más la antipatía:

65

nadie quiere vivir con una espía.

-Vamos, señora, vamos

(contestaba el doctor), compadezcamos

a tales infelices,

pues nace el ser curioso

70

de un órgano facial defectuoso.

-¡Calle! ¿Qué órgano es ése? -Las narices.

Persona con nariz de poco peso

tiene que ser curiosa con exceso.

La curación del mal está en la mano.  
75

¿Es un sujeto de nariz liviano?

Bueno: inmediatamente [29]

se le hace un añadido suficiente

de cualquiera metal, y agur, amigo:

en menos que lo digo,  
80

la persona más terca, la más zafia,

se olvida de espionaje y chismografía.

-¿Está seguro usted? -Y tan seguro

que más no puede ser: la señorita

corre ya por mi cuenta. ¡Pobrecita!  
85

Usted la castigaba; yo la curo...

Y sacará una moda muy bonita,

que a costa de un pequeño sacrificio,

les hará mucho bien a varias gentes.

-Y ¿cuál es esa moda, Don Patricio?  
90

-La de llevar en la nariz pendientes.

Voy a Madrid: me labrará un platero

dos arillitos de oro con esmero,

y haré que les agregue por colgantes

un par de cascabeles elegantes,  
95

cuidando que les ponga la bolita

del peso que la niña necesita.

Romper en la nariz los agujeros

es obra de poquísimos instantes:

durante los primeros  
100

duele, pero poquito, casi nada.

Es mortificación por conveniencia;

y Rosa, como niña bien criada,

recibirá la aguja con paciencia.

En estando aviada  
105  
[30]

con sus bonitos cascabeles de oro,

le juro a usted por Avicena el moro

que no ha de haber por la muchacha riña.

-Corriente: cascabeles a la niña.

Rosita sin estruendo,  
110

pero con miedo atroz, se fue corriendo.

-Es verdad (exclamó), verdad y mucha,

que siempre oye su daño quien escucha.

¡Vaya que los doctores son crueles!

¡A mí querer abrirme  
115

a hierro la nariz! ¡Yo cascabeles!

Las pinchaduras dolerán de firme;

y luego, para alivio de trabajos,

¿qué papel haré yo con dos colgajos

que nadie gastará? ¿Quién se acomoda  
120

con tan extraña, tan horrible moda?

¿Qué moda? Si eso iguala

a un letrero que diga: Yo soy mala.

Y si voy a Madrid... ¡Virgen del Carmen!

Conmoverá la población entera  
125

el alboroto que armen

los cascabeles de Rosita Vera.

Por no estrenar el afrentoso dije,

pesado a la nariz, molesto al labio,

me corrijo. -En efecto, se corrige,  
130

y tan completamente,

que al regresar el naricista sabio

trayendo el salutífero presente, [31]

le dijo la mamá, de gozo llena:

Estamos por acá de enhorabuena.  
135

La nariz de Rosita, no sé cómo,

era de pluma, y se volvió de plomo.

Ya no atisba jamás ni picotea,

y está, gracias a Dios, desconocida.

Por eso convendrá que suspendamos  
140

la operación aquella consabida;

pero si hay recaída,

y otra vez repitiere sus deslices,

entonces le plantamos

cascabelitos de oro en las narices.  
145

Cascabeles, cencerros, esquilonos

de buque bien capaz y brocal ancho

llevar a la garganta debería

la turba de curiosos embrollones,

traperos de perdidas expresiones,  
150

que lo revuelven todo con su gancho.

Con el ruido el soplón se anunciaría;

y al llegar a un corrillo, alguien diría:

Quédese aquí la plática pendiente,

porque el buen perillán que nos acecha,  
155

lo parla todo, y al contarlo, miente.

Oye lo que le llega buenamente,

y añade lo demás de su cosecha. [32]

Fábula X  
Timantes.

Pintaba el celeberrimo Timantes

un Júpiter con ojos fulgurantes,

rayo en la diestra y en la izquierda rayo;

y al severo pintor díjole un payo:

Si en ambas manos el rigor le pones,  
5

¿con cuál vierte ese Dios premios y dones?

Es en la Omnipotencia

igual a la justicia la clemencia. [33]

Fábula XI  
El retrato de Júpiter.

Haciendo por Tetuán una jornada,

ocurriole a Mercurio la humorada

de conducir un mono a ver el cielo.

Cogiole, pues, al vuelo,

túvole allá una buena temporada,

5

y cuando al fin se le pasó el capricho,

puso otra vez en el nativo suelo

al venturoso trasplantado bicho.

En tropel acudieron sus iguales

a pedir al viajero

10

noticia de las cosas celestiales.

-Que nos retrate a Júpiter, (decían),

que a Júpiter describa, lo primero.

Tose el mono y empieza

la majestad pintando y la grandeza  
15

de la suma deidad... No le entendían.

Habla después con religioso fuego

del amor y respeto que inspiraba...

Ninguno le escuchaba. [34]

-Todo eso que nos dices  
20

(interrumpió un tití), vendrá bien luego;

pero los circunstantes

quisieran más que refirieras antes

si tiene el dios azules las narices,

si es peludo, si es flaco,  
25

si es de origen papión, o si es macaco,

si de patas con garbo se enarbola,

y hasta dónde se alcanza con la cola.

-Calla y no escandalices

(prorrumpió el orador): ¡habrá perverso!  
30

¡Cola pone al señor del Universo!

El Júpiter que vi de rayo armado,

el poderoso numen que sentado

vi del Olimpo en el sublime trono,

en nada, en nada se parece al mono.  
35

Ningún dios, grande o chico,

tiene un pelo de mono ni de mico.

Pero quien más no alcanza,

lo hace todo a su pobre semejanza. [35]

Fábula XII

Blasito.

Estaba el niño Gil postrado en cama

de una fiebre tenaz y peligrosa,

y el médico mandó que el tierno brazo

tendiese a la lanceta salvadora.

No era Gil de los tímidos chicuelos,

5

que si de sangre pierden una gota,

se ponen a temblar; brioso y dócil,

se conformó con la sentencia docta.

A presenciar la interesante escena,

solícitos acuden a la alcoba  
10

los padres, la criada, y el primero

Blas, hermano de Gil, que en él adora.

Átale a Gil el sangrador la venda,

báñale el brazo en agua, se le frota,

y la vena infantil hinchada al cabo,  
15

el hombre el pincho con los dedos toma.

Callado Blas y atónito observaba

la tal operación preparatoria,

sin saber qué pensar; mas en el punto

que la lanceta vio... ¡Virgen de Atocha!  
20  
[36]

¡Qué lágrimas! ¡Qué gritos! -Yo no quiero

(clamaba sin cesar aquella boca),

yo no quiero que pinchen a mi hermano.

¡Váyase usted de aquí, mata-personas!

-¡Cuánto me quiere Blas!, dijo el paciente.  
25

-Es muy buen corazón, dijo llorosa

de placer la mamá: lo mismo el padre

sintió, y el cirujano y la fregona.

Retiraron a Blas, pues de otro modo

su fraternal dolor allí le ahoga.  
30

Corrió la sangre del querido enfermo,

y se alivió y curóse por la posta.

El júbilo de Blas ya se supone.

Como su afecto a Gil era una cosa

fuera de lo común, su madre en pago  
35

dióle unos mazapanes de Vitoria.

-A la parte me llamo, Gil le dijo.

-Guardarlos quiero, contestó con sorna

el cariñoso Blas. Para guardarlos,

se los comió en seguida el zampatortas.  
40

-¡Bravo! (exclamaba Gil) señor goloso,

usted que tanto por su hermano llora,

¡un miserable mazapán le niega,

y sin reparo los engulle a solas!

Pues el tener buen alma no consiste  
45

sólo en gimotear; consiste en obras.

Blasito relamiéndose, repuso:

-Una cosa es llorar, y dar es otra. [37]

Fábula XIII

Las espigas.

La espiga rica en fruto

se inclina a tierra;

la que no tiene grano,

se empina tiesa.

Es en su porte

5

modesto el hombre sabio,

y altivo el zote. [38]

Fábula XIV

La peonza y la perinola.

La rebelde, la rústica peonza

dijo a la perinola con enfado

allá en su jerigonza:

Suerte bien desigual nos ha tocado.

A ti con mucho mimo,  
5

cuando te hacen andar, te dan impulso,

entre dos dedos revolviendo tu eje:

no se me trata a mí con tanto pulso.

Yo, cuando me andan, gimo

al compás de la bárbara correa,  
10

con que un muchacho hereje

me arrima cada golpe que me brea;

y cuanto más el movimiento animo,

con más fuerte rigor me zarandea.

-Querida (respondió la perinola),  
15

en ti consiste sola

el trato que te dan: tú lo evitaras,

a ser juguete, como yo, ligero;

mas ¿qué han de hacer contigo,

si en apartando el látigo te paras?  
20

Yo sin embargo consolarte espero. [39]

Nuestro papá el tornero,

puede, si se lo digo

y quieres animosa decidirte,

quitarte la madera que te sobra,  
25

y en ágil perinola convertirte.

¡Friolera es la obra!

(exclamó la peonza sofocada.)

Prefiero que el zurriago me atormente,

a sufrir que la gubia me hinque el diente.

30

¡No sabes ni empezar el catecismo,

y al preceptor acusas de inclemencia!

Quéjate de ti mismo:

para buen escolar no hay penitencia. [40]

Fábula XV  
El látigo.

La madre de un muchacho campesino

ganaba de comer hilando lino,

y el muchacho, grandísimo galopo,

le hurtaba una porción de cada copo.

Juntando las porciones, fue tejiendo  
5

un látigo tremendo,

con la villana idea

de pegar a los chicos de la aldea.

Los ocios del amigo no eran buenos;

la intención, por lo visto, mucho menos.  
10

Diose a pelar la rueca tanta prisa,

que hubo la madre de notar la sisa,

y registrando con afán prolijo

el arca donde el hijo

guardaba con su ropa sus peones,  
15

el látigo encontró de repelones.

Cogiole furibunda,

y al muchacho le dio tan larga tunda,

que a contar de las piernas al cogote, [41]

no le dejó lugar libre de azote,  
20

diciendo, al batanarle de alto a bajo:

¡Mira cómo te luce tu trabajo!

A robar te llevó tu mal deseo,

y con el robo yo te vapuleo.

Siempre verás que el vicio  
25

se labra por sus manos el suplicio. [42]

Fábula XVI

La sardina y la ostra.

Dirigida a la amable niña doña Rosita Andriani y Palacios

A la ostra le dijo la sardina:

¿Qué se hace usted, vecina?

Por más que nado yo, por más que miro,

sólo en este rincón alcanzo a verla.

¿En qué se ocupa usted en su retiro?

5

-En criar una perla.

Esa perla eres tú, cándida ROSA.

¡Dichosa tú! ¡Dichosa

la niña a quien instruya

madre tan ejemplar como la tuya!

10

[43]

Fábula XVII

El niño mono.

A Curro el figurero,

grande remedador y gran gesterero,

llevó su padre a ver con otros chicos

una porción de monos y de micos,

que, previa la licencia del alcalde,

5

un charlatán al público enseñaba,

ya se deja pensar que no de balde.

Cualquier extravagante monería

que uno de los cuadrúpedos hacía,

Currito la imitaba;  
10

pero ¡cómo! tan bien, que sin empacho

con los bichos podía

competir y vencerlos el muchacho.

Verle saltar allí, verle rascarse,

quebrantar una nuez, una avellana,  
15

y al encontrarla vana

escupir y enfadarse,

fue ver, no una persona,

sino la más estrafalaria mona. [44]

-Usted con su cuadrilla  
20

(le dijo en esto al charlatán el padre)

por fuerza gana patacones buenos,

porque en verdad, compadre,

para animales, de razón ajenos,

el instinto que tienen, maravilla;  
25

el habla sólo se les echa menos.

-Ahí, señor don Roque

(respondió el charlatán), ahí es el toque.

Seis años hace que ando

a realitos ahuchando  
30

cantidad que resulte razonable

para poder comprar un mono que hable.

Ya, gracias al Señor, junté el dinero;

mas no hallo mono como yo le quiero.

Aquí mi charlatán vuelve la cara,  
35

y en las diabluras de Pachín repara.

-¡Jesús! (exclama con asombro chusco.)

Esto es lo que yo busco.

Un mono verdadero,

pero blanco, pelón, buena figura,  
40

diestro para llevar nuestro vestido,

y que hable por cualquiera coyuntura.

Ya dí con él por fin; ya ha parecido

el animal famoso

que yo busqué afanoso  
45

por todo el mundo, caminando a pata.

Si me le vende usted, me hago de plata. [45]

Erraba el charlatán: sobrado abunda

la raza de monillos con calzones,

que divierte de balde los salones  
50

con esa habilidad, que Dios confunda. [46]

Fábula XVIII  
El espejo y el agua.

Disputaron el agua y el espejo,

y fue la riña del tenor siguiente.

-ÉL: Yo, de genio duro, lo reflejo

todo sin aprensión exactamente.

-ELLA: Pues yo, con mi carácter blando,  
5

todo lo pinto a medias y jugando.

-El defecto menor, el más pequeño

tizne que manche un rostro, yo lo enseño.

-La mancha enseñarás; pero, amiguito,

hago yo más que tú, pues yo la quito.  
10

Enoja la desnuda reprimenda;

dulce amonestación produce enmienda. [47]

Fábula XIX  
La toalla.

¡Ay! (Exclamó Isabel) ¡ay qué toalla!

Cuando me enjugo el rostro, me le ralla.

Su aya le dice: Si la broza quita,

perdona el refregón, Isabelita. [48]

Fábula XX

El caballo de bronce.

Niños que de seis a once,

tarde y noche alegremente,

jugáis en torno a la fuente

del gran caballo de bronce

que hay en la plaza de Oriente.

5

Suspended vuestras carreras,

pues hace calor; y oíd

una historia muy de veras,

y de las más lastimeras

que se cuentan por Madrid.  
10

Ese caballo años ha

estaba, como quizá

sabréis sin que yo lo indique,

dentro del Retiro, allá

frente a la casa del Dique (1).  
15  
[49]

Allí da el jardín frescura

con sus aguas y verdor,

y el canoro ruiseñor

tiene morada segura

de enemigo cazador.  
20

Allí al caballo volaban

con fácil y presto arranque

mil pájaros que llegaban

a beber en el estanque,

cuyas ondas le cercaban.  
25

Allí, con reserva poca,

le corría todo (2) entero

la turba intrépida y loca,

y hallábale un agujero

que tiene el bruto en la boca.  
30

Es tal la disposición,

que por la parte de afuera

da fácil introducción

a un pajarillo cualquiera

del tamaño de un gorrión.  
35

Por adentro, sin percance,

todo el cuello de un avance

mete el pájaro; después,

como no hay dónde afiance

ni las alas ni los pies,  
40

ni ellos le son de provecho,

ni ellas le hacen sino estorbo;

y empujando con despecho, [50]

se hiere garganta y pecho

contra el borde áspero y corvo.  
45

Y víctima el animal

de su imprudencia fatal

que salir de allí le veda,

vuela, anda, se atonta y rueda

por la cárcel de metal.  
50

Donde triste prisionero,

pidiendo en vano merced,

sobre muchos que primero

tuvieron su paradero,

perece de hambre y de sed.  
55

Milavecillas, buscando

sombra densa en el estío,

mil en el invierno, cuando

ya lloviendo, ya nevando,

traspasábalas el frío,  
60

embocáronse en la panza

del caballo, que en venganza

debió decir para sí:

Renunciad a la esperanza,

pájaros que entráis en mí.  
65

Con el tiempo se mudó

del jardín en que habitó

a la plaza donde está,

y entonces se le quitó

el cuerpo que encima va.  
70

Y los cóncavos secretos [51]

del cuadrúpedo cruel

aparecieron repletos

de plumas y de esqueletos

de aves tragadas por él.

75

Dañosa curiosidad

las condujo a muerte cruda.

-¡Ay! ¡Cuántos en nuestra edad

por la brecha de la duda

se abisman en la impiedad!

80

Abismo donde pedir

favor al mortal discurso

no basta para salir:

él nos deja sin recurso

desesperar y morir.

85

[52]

Fábula XXI

El santero.

A cierta romería,

sobre una dócil mula caballero,

iba en Andalucía

un pícaro santero,

que de cada espolazo

5

al animal sacábale un pedazo,

y mientras, cariñoso le decía:

Corra, que su cachaza me atribula;

corra por caridad, hermana mula (3).

Faz de paloma, corazón de arpía,  
10

palabras de ángel y obras de demonio:

tal es, sin levantarle testimonio,

la pérfida, la vil hipocresía. [53]

Fábula XXII  
Los tres quejosos.

¡Qué mal (gritó la mona)

que estoy sin rabo!

¡Qué mal estoy sin astas!

Repuso el asno.

Y dijo el topo:  
5

Más debo yo quejarme,

que estoy sin ojos.

No reniegues, Camilo,

de tu fortuna;

que otros podrán dolerse  
10

más de la suya.

Si se repara,

nadie en el mundo tiene

dicha colmada. [54]

Fábula XXIII  
La lluvia de verano.

Muy de madrugada

sale de su aldea

Lucas para un viaje

de unas ocho leguas.

No hay en todas ocho  
5

parador ni venta,

no hay por el camino

árboles siquiera.

Gran calor aguarda,

porque julio empieza;  
10

va por eso Lucas

bien a la ligera.

De flexible paja

sombrerito lleva;

pantalón y chupa  
15

son de primavera,

y alpargata leve

calza, que sujetan

lazos que le cruzan

sobre empeine y pierna.  
20

Con lo cual y un palo [55]

y un morral de jerga,

Lucas diligente

del lugar se aleja.

Aún el sol no asoma,  
25

la mañana es fresca,

nubes aparecen,

se levanta niebla.

Horas van pasando;

la humedad se aumenta:  
30

ya menudas gotas

por el aire ruedan,

hasta que a torrentes

lanzan las esferas

lluvia que amenaza  
35

inundar la tierra.

Cuál estaba Lucas,

júzguelo cualquiera:

hízose una sopa

de pies a cabeza.

40

No era ciertamente

grande su paciencia:

enojóse, y loca

se soltó su lengua.

-Luego quieren (dijo)

45

que uno se someta

dócil a las leyes

de la Providencia.

Esta condenada [56]

lluvia que no cesa,  
50

¿qué motivo tiene?,

¿qué bien acarrea?

Mala es y remala

para la cosecha,

y salud y vida  
55

puede que yo pierda.

Esto hablaba el necio,

cuando de unas peñas

un ladrón armado

sale y se le acerca.  
60

Lucas imprudente

su garrote apresta,

sin mirar que el otro

tiene una escopeta.

Del gatillo tira

65

el ladrón con fuerza;

mas por dicha el tiro

sin salir se queda.

Lucas acomete

con audacia nueva,

70

y el malvado entonces

huye entre las quiebras,

y para que Lucas

algo se detenga,

la escopeta arroja,  
75

porque ya le pesa.

Nuestro caminante [57]

discurrió al cogerla:

No estará cargada,

cuando así la suelta.  
80

Mírala, y entonces,

¡cuál fue su sorpresa!

Carga doble dentro

del cañón encuentra;

pero entrabas cargas  
85

barro estaban hechas,

y aun lo mismo el cebo

de la cazoleta.

-¡Diantre! (dijo Lucas

muerto de vergüenza),  
90

locamente al cielo

dirigí mis quejas.

Pólvora excelente

la del ladrón era,

y ella se inflamara  
95

si estuviese seca.

Niebla y lluvia hicieron

que se humedeciera:

si ellas me calaron,

me salvaron ellas.  
100

¡Gloria a Dios que rige

la naturaleza!

No hay mal en el mundo

que por bien no venga. [58]

Fábula XXIV  
Los polvos de la madre Celestina.

Señor maestro, (preguntó Raimundo)

los polvos de la madre Celestina,

que todo lo alcanzaban en el mundo,

¿se sabe o se imagina

de qué pudieran ser? -Cuatro ingredientes,  
5

(díjole el preceptor) omnipotentes,

entraban en la mágica mixtura:

oro, saber, esfuerzo y hermosura.

Hoy, lo que tantas maravillas obra

es el oro no más; el resto sobra.  
10

Por gracia, no de Dios, reina el dinero,

soberano señor del mundo entero.

[59]

Fábula XXV

El árabe hambriento.

Perdido en un desierto

un árabe infeliz, ya medio muerto

de sed, hambre y fatiga,

se encontró un envoltorio de vejiga.

Lo levantó, le sorprendió el sonido,  
5

y dijo de placer estremecido:

Ostras deben de ser. -Mas al verterlas,

-¡ay! (Exclamó) son perlas.

En ciertas ocasiones

no le valen al rico sus millones.  
10  
[60]

Fábula XXVI  
El dinero.

Gastó su hacienda un rico

en dar limosna,

y Dios, en recompensa,

le dio la gloria.

Con el dinero,  
5

de este modo se puede

ganar el cielo. [61]

Fábula XXVII  
La fuente mansa.

Mira esa fuente plácida, Florencio,

que fluye sin rumor, y baña el prado.

Con su ejemplo enseñado,

haz al prójimo bien, y hazlo en silencio. [62]

Fábula XXVIII  
El oso y el elefante.

Quejábase el oso torpe

al elefante sagaz

de cierta contradicción

que no acertaba a explicar.

-¡Cuidado (exclamaba el pobre)  
5

que raya en atrocidad

lo que los hombres exigen

de un infeliz animal!

A mí, que soy justamente

la misma formalidad,  
10

¿no se empeñan los malditos

en obligarme a bailar?

Si saben que esas monadas

no son de mi natural,

¿por qué, cuando ven que bailo,  
15

me silban sin caridad?

También (dijo el elefante)

me enseñan a mí a danzar,

y a fe que tú no me ganas [63]

a respetable y formal.  
20

Y sin embargo, de mí

nadie se ríe jamás;

antes aplaudir he visto

a todos mi habilidad,

admirando que una bestia  
25

tan pesada y colosal

sepa mover diestramente

los cuatro pies a compás.

Con que si en hacerte burla

sola gente fisgona da,  
30

no debe ser porque bailas,

sino porque bailas mal. [64]

Fábula XXIX  
La visión y el libro.

A cierto pecador impenitente,

de los que tienen conocidamente

ya en la conciencia callo,

todas las noches al cantar el gallo,

una horrible visión se aparecía.

5

De nada al visitado le servía

valerse de conjuros y oraciones:

tiesa que tiesa la visión impía

dos horitas con él se divertía,

sus ojazos clavándole saltones:

10

¡Huy! El Señor nos libre de visiones.

Una noche de invierno

en que rabiaba el hombre de furioso

con aquel pasmarote sempiterno,

va y coge una novela,  
15

fresquita producción de autor famoso,

perteneciente a la infernal escuela

patrona del delito,

y pónese a leer a voz en grito. [65]

Hervía el indecente novelucho  
20

en pasos y personas discordantes.

Allí escenas de crápula y garito;

allí era ver sayones y danzantes,

hijas de emperador, disciplinantes

con máscara y hachón y capirucho,  
25

brujas que revolaban sobre escobas,

sangre desperdiciada por arrobos

en duelos, en patíbulo y tortura,

canto de gori gori, sepultura,

y al terminar la deleitable historia,  
30

infierno y limbo, purgatorio y gloria.

Al oír lo bestial de cierto chasco,

pricipió la visión haciendo gestos.

Llegaron dos pasajes nada honestos,

y a la pobre visión le dieron asco.  
35

Bufando a cada instante,

sufrió la relación una hora justa;

pero después se le apuró el aguante,

y dando un revolcón, tomó el portante.

-Esta clase de libros no le gusta  
40

(dijo con alborozo el visitado):

pues bien: ya tengo el exorcismo hallado.

A la otra noche, la visión en casa.

El hombre, zas, comienza la lectura;

y la visita incómoda le dura  
45

sólo media hora escasa.

Lo que es a la tercera [66]

no dejó la fantasma ni siquiera

dos hojas acabar; huyó diciendo:

No temas que mi vuelta se repita;  
50

mas ya que te irritaba la visita,

sábetete que un suplicio más tremendo

te ha de venir, bebiendo

la moral de tu hermosa novelita.

Escritos hay en cantidad no corta,  
55

que ni el mismo demontre los soporta. [67]

Fábula XXX  
El abanico.

Para ocultar el rostro

enrojecido,

a las niñas dio Venus

el abanico.

Ciertas y ciertas  
5

cubren con él la falta

de la vergüenza. [68]

Fábula XXXI  
El cuervo y la zorra.

Rabiaba un carnicero

con el pícaro gato de un vecino;

y por matar al animal dañino,

separó una tajada de carnero,

y adobada con dosis algo fuerte  
5

de un tósigo de muerte,

púsola en el tejado,

por donde a su capricho

entraba a merendar el susodicho.

Un cuervo que lo vio, partió flechado,  
10

pilló el macizo trozo,

y a un árbol escapó lleno de gozo.

Al tiempo que iba el grajo

a trinchar el magnífico tasajo,

hete pues, que aparécese la zorra,  
15

con gana siempre de comer de gorra,

y exclama diestra con acento blando:

-¡Ave de Jove, te saludo grata! [69]

El cuervo preguntó a la mojjigata:

¿A quién discurrees tú que estás hablando?  
20

-¿A quién? (le respondió la zalamera),

al águila altanera,

que del lado de Júpiter clemente

baja diariamente,

y echa desde la copa de esa encina  
25

el don que por sustento me destina.

¿A qué venir disimulando ahora,

cuando miro en tu garra triunfadora

la codiciada presa,

que a esta desamparada criatura  
30

contigo el Dios envía de su mesa?

-La zorra se figura

(para sí dijo el cuervo complacido)

que soy águila yo: locura fuera

desengañarla y deshacer el truco.  
35

Soltó con bizzarria majadera

el robo por la zorra apetezido,

tendió las alas y se fue tan hueco.

El animal astuto

cogió contento el fruto  
40

debido a sus indignas artimañas.

Cómelo con presteza:

convulsiones extrañas

luego a sentir empieza,

y abrásale el veneno las entrañas.  
45

Ciertos bien conocidos perillanes, [70]

que viven de adular a la simpleza

sin rastro de pudor, ¿no fuera bueno

que tragaran en salsa de faisanes

una dosis decente de veneno?

50

[71]

Fábula XXXII

El comprador y el hortera.

Cuentecillo forjado por deleite

parecerá sin duda la contienda,

que se trabó en Madrid en una tienda

de vinagre y aceite.

Despachaba en la calle de Torija

5

líquidos un muchacho madrileño;

y otro, según la traza, lugareño,

fue por aceite allí con su vasija.

-Tú, cara de lechuza,

(dijo sin aprensión el forastero)

10

despáchame ligero,

lléname bien la alcuza.

-Cuando sepas hablar en castellano,

(le replicó el hortera)

sabrás que lo que tienes en la mano

15

se llama la aceitera.

-En toda tierra que garbanzos cría

(contestó el provincial enardecido),

alcuza siempre ha sido, [72]

y alcuza la nombramos en el día.  
20

-En tierra (dijo el otro) de garbanzos,

corre por aceitera solamente;

y quien le ponga nombre diferente,

ha nacido entre malvas y mastranzos.

El patán en sus trece se mantuvo;  
25

le rechazaba el horterilla listo:

se incomodaron, y hubo

por consiguiente la de Dios es Cristo.

A las voces y apodos

cachetina siguió larga y furiosa:  
30

todo por una cosa

que se puede llamar de entrambos modos.

Pueril extravagancia

es, pero comunísima en el hombre,

no poner en disputa la sustancia  
35

y reñir por el nombre. [73]

Fábula XXXIII  
La fortuna.

Hízose moda llamar

a la Fortuna cruel

y ciega y loca de atar:

ella mandó circular

por todo el orbe un papel.

5

«¿Quién tuviere (en él decía)

conmigo cuestión alguna,

preséntese en Almería

tal año, tal mes, tal día.

Firmado: Yo la Fortuna.»

10

Voló todo pretendiente

por no llegar el segundo.

¡Cuánta cara diferente!

Hasta de Zafra hubo gente,

que es pueblo fuera del mundo.

15

Con terrible trapisonda

pasó el primer pelotón

al local de la sesión.

Una gran mesa redonda [74]

casi ocupaba el salón.  
20

Cubre la mesa un brocado;

y en el centro, donde ya

ningún brazo llegará,

se halla esparcido y mezclado

cuanto la Fortuna da.  
25

Bastones, mitras, dogales,

moneda en bolsas distintas,

plumas, azadas, puñales,

mantos, bulas, vendas, cintas,

en suma bienes y males.

30

La Fortuna, que es traviesa,

cuando vio el tropel entrar,

se entretuvo en colocar

por la orilla de la mesa

muchas cañas de pescar.

35

Y dijo con aire ufano:

Para que el linaje humano

cese de ponerse apodos,

van a tener en la mano

desde hoy su ventura todos.

40

En la mesa viendo estáis

cuanto recibí del cielo:

con el brazo no llegáis;

vamos a ver qué sacáis

con hilo, caña y anzuelo.  
45

Si algún infeliz se engaña,

y mal por bien se le enreda, [75]

que se queje de su maña.

Señores, mano a la caña,

y a pescar lo que se pueda.  
50

¡Allí fue ver a la par

a fogosos y tranquilos

anzuelos al aire echar!

¡Allí enredarse los hilos,

y romperlos al tirar!

55

Tras una dote un machucho

fatigó la caña mucho;

pero con tan mala traza,

que le salió un cucurucho

de dulces de calabaza.

60

Por un anillo ducal,

que una Venus de arrabal

ambicionó muy de veras,

enganchó un par de tijeras

y un hábito de sayal.

65

Un coplero sin donaire

por poco un laurel alcanza;

mas, burlando su esperanza,

le alzó una manta en el aire

como al pobre Sancho Panza.  
70

Un jugador que a un bolsillo

el anzuelo encaminó,

hizo presa en el gatillo

de un cargado cachorrillo,

que al disparar le mató.  
75

[76]

Pescaba el sordo muletas

y el volatín andadores,

y algunas niñas inquietas

pescaban en vez de flores

hilo hermoso de calcetas.  
80

Y entre tanto un guardador

de la villa por la noche

(sereno diré mejor)

se halló con palacio y coche,

Serenísimo Señor.  
85

Así entre ruidosos gritos,

de pena o de gusto locos,

picaron allí toditos:

los contentos fueron pocos,

los quejosos infinitos.  
90

Vio la Fortuna la gresca,

y en ella su desagravio,

y con lástima burlesca

dijo al fin: Que Diego el sabio

nos dé una lección de pesca.  
95

Llaman al sabio Don Diego,

y entra conducido luego

de un perrillo ladrador:

-¡Calla! (exclaman) ¡es un ciego!

¡Buen ojo de pescador!  
100

Silban todos al pobrete;

y él sin que nada le inquiete,

oye, tienta, hace su arroje, [77]

y en vez de una prenda, coge

con el anzuelo el tapete.

105

¡Bravo! Claman por aquí.

¡Viva! Chillan por allá.

¡Buena la lección está!

Don Diego entre tanto va

tirando el tapete a sí.

110

Con él vino, por supuesto,

cuanto en él estaba puesto

porque nadie lo pilló,

y al pie del sabio modesto

desde la mesa rodó.

115

Coronas de soberano,

dotes de bella mujer,

bastones, oro, placer:

todo lo tiene en su mano,

de todo puede escoger.  
120

A un cetro tomó afición;

mas pesaba en demasía:

le dejó con un bastón,

que vio que se convertía

en látigo de sayón.  
125

Encontró venalidad

en el sí de una belleza,

en un laurel vanidad,

cuidados en la riqueza

y odio en la celebridad.

130

Y en vez de gloria y poder, [78]

tomó el limitado haber

de una honrada medianía,

que vivir le permitía

sin malgastar ni deber.

135

-El ciego os ha de enseñar

(dijo la Fortuna al dar

la señal para salir)

cómo podréis alcanzar,

cómo debéis elegir.

140

Legítima herencia son

del ilustrado varón

los bienes que el mundo encierra;

pero no hay dicha en la tierra

donde no hay moderación.

145

[79]

Fábula XXXIV

El diamante y el cristal.

Cierto lapidario

perdió en un camino

un diamante tosco

y un cristal pulido.

A su camarada

5

el diamante dijo:

Yo salir espero

pronto de este sitio.

Piedra soy al cabo

de valor crecido:  
10

quien me encuentre, llena

de oro su bolsillo.

El cristal picado

respondiolo: Amigo,

mucho es lo que vales;  
15

pero no te envidio.

Tú y un vil guijarro

parecéis lo mismo:

¿Quién, pues, ha de verte, [80]

si te falta brillo?  
20

Unos pasajeros

acercarse miro:

vamos a ver de ambos

quién es preferido.

El cristal lanzaba  
25

resplandores vivos,

y esto a los viajeros

reparar les hizo.

Bájense a cogerle,

le alzan con cariño,  
30

y entre tanto pisan

al diamante rico.

Y sin ser de nadie

desde entonces visto,

se quedó en el polvo  
35

para siempre hundido.

Méritos ahora

húndense de fijo,

si les falta un poco

de charlatanismo.

40

[81]

Fábula XXXV

El asno feliz.

Llevaba por las calles un jumento

varios tiestos en flor, y el grato aroma

que embalsamaba el viento,

alrededor juntaba del pollino

cuantas narices de goloso olfato

5

hallaba en el camino.

Viendo que se le sigue, va y lo toma

por él el mentecato,

y exclama interiormente:

No hay duda que hay aquí muy buena gente,

10

y es conmigo finísima en sus modos.

Todos me obsequian, me acompañan todos.

La estación de las flores poco dura.

Sucede que otro día

le cargan a mi burro de basura;  
15

y huyendo entonces el fatal encuentro,

se vuelve cada cual o se desvía,

y en hallando un portal, se mete dentro.

Y el animal decía: [82]

No se me puede honrar más a las claras:  
20

todos, para que marche sin tropiezo,

se apartan de mi lado veinte varas.

Así vive feliz un arrapiezo

de los que dicen diferencia y buya,

porque tiene la suerte

25

de que nada interpreta en contra suya,

y todo en su provecho lo convierte. [83]

Fábula XXXVI

Esopo y el borrico.

Al buen Esopo díjole un borrico:

Por quien soy te suplico,

si en algún cuentecillo me introduces,

que pongas, como debes, en mi labio

singular discreción, lenguaje sabio.

5

Esopo respondió: Yo bien podría

fingirte bestia de talento y luces;

pero al ver el solemne desatino

todo el mundo a una voz nos llamaría,

el filósofo a ti, y a mí el pollino.

10

Es alabar a un necio

locura digna de común desprecio. [84]

Fábula XXXVII

El cuadro del burro.

Pintó el insigne Don Francisco Goya

con tan rara verdad y valentía

un burro de la casa en que vivía,

que el cuadro borricol era una joya.

Mister qué sé yo quién, inglés muy rico,  
5

veinte mil reales por el lienzo daba;

Goya, que a la sazón necesitaba

un estudio bien hecho de borrico,

tenaz a enajenarlo se negaba.

Oyendo al fin un día  
10

el asno vivo discutir el trato,

exclamó sollozando de alegría:

¡Mil duros da el inglés por mi retrato!

Por el original, ¿qué no daría? [85]

Fábula XXXVIII  
El jumento murmurador.

Señor, es fuerza que la sangre corra,

(dijo al león solícita la zorra.)

Sin cesar el estúpido jumento

de ti murmura con furor violento.

-¡Bah! (Respondió la generosa fiera),  
5

déjale que rebuzne cuanto quiera.

Pecho se necesita bien mezquino

para sentir injurias de pollino. [86]

Fábula XXXIX  
El peral.

A un peral una piedra

tiró un muchacho,

y una pera exquisita

soltó el árbol.

Las almas nobles,  
5

por el mal que les hacen,

vuelven favores. [87]

Fábula XL  
La luciérnaga y el sapo.

En el silencio de la noche oscura

sale de la espesura

incauta la luciérnaga modesta,

y su templado brillo

luce en la oscuridad el gusanillo.  
5

Un sapo vil, a quien la luz enoja,

tiro traidor le asesta,

y de su boca inmunda

la saliva mortífera le arroja.

La luciérnaga dijo moribunda:  
10

¿Qué te hice yo para que así atentaras

a mi vida inocente?

Y el monstruo respondió: Bicho imprudente,

siempre las distinciones valen caras:

no te escupiera yo, si no brillaras.  
15  
[88]

Fábula XLI  
Los caracoles.

Dos caracoles un día

tuvieron fuerte quimera

sobre quién mayor carrera

en menos tiempo daría.

Una rana les decía:

5

Yo he llegado a sospechar

que sois ambos a la par

algo duros de mover;

antes de echar a correr,

mirad si podéis andar.

10

[89]

Fábula XLII

La sobriedad del gato.

Bebe agua pura como yo, borracho,

(dijo el gato al mosquito.)

¿Cómo tu paladar halla exquisito

ese indecente y pérfido calducho,

de cuyo olor no más tomo yo empacho?

5

-¿De manera que usted, según escucho,

(contestó al miz el músico de oreja)

sólo el vinillo deja,

porque la tal bebida no le agrada?

Pues yo también, sin ponderarlo nada,

10

ese mérito igualo peregrino.

Si usted no cata el vino,

yo no como ratones, camarada. [90]

Fábula XLIII  
El pescador.

Un pobre pescador, volviendo al puerto,

sacó en la red un muerto.

Sin mirar si era fiel o si era moro,

sepultura le dio, y halló un tesoro.

Premio de su virtud sencilla y pura,  
5

la caridad le trajo la ventura. [91]

Fábula XLIV  
La tierra de los cojos.

No lejos del Estrecho

que hoy es de Gibraltar apellidado,

hubo antes un país, ya sepultado

por la furia del mar. Allí no había

ni un hombre que al andar fuese derecho:

5

ley natural, que de sorpresa embarga

por única en el mundo todavía,

nacer a los indígenas hacía

con una pierna corta y otra larga.

Salta pues, a los ojos

10

que a tal disposición de piernas, era

consiguiente y precisa la cojera;

pues aunque hay muchos cojos

por otras causas que decir no importa,

cojo es el que se ve por su desdicha  
15

con una pierna larga y otra corta,

o, términos usando generales,

el que tiene las piernas desiguales.

Aparte de la gracia susodicha,

cual si tuvieran en la lengua nudos  
20  
[92]

mujeres y varones,

hablaban además a trompicones:

cojos eran en fin y tartamudos.

Arribó a este país un europeo,

y al notar circunstancia tan chocante,  
25

dijo muy arrogante:

Rey voy a ser aquí, pues no cojeo.

El hombre se llevó terrible chasco.

No bien de una ciudad las calles pisa,

cuando viéndole andar los moradores,  
30

quién de lástima exclama, quién de risa:

fruncen el gesto, y aparentan asco

señoritas, señoras y señores:

haciendo muecas y soltando pullas,

sigue la multitud al forastero,  
35

«que anda como los pavos y las grullas»;

y hasta un despilfarrado zapatero,

asiéndole del brazo,

en tomarle medida se empeñaba

para hacerle una bota, que supliera  
40

con lo alto del tacón el gran pedazo

que, según él juzgaba,

en una pierna al otro le faltaba.

Burlado el infeliz de tal manera,

ya no pudo callar. -Pueblo sin juicio  
45

(grita con voz robusta y altanera),

ir derecho no es vicio;

lo vicioso y lo feo [93]

es el vaivén, el torpe bamboleo

que sin cesar vais dando  
50

por no poder andar: yo soy el que ando;

y atónitos de ver mi gallardía,

cada cual imitarme debería,

si esto le fuese dable

a una turba de cojos miserable.

55

Todas estas injurias imprudentes

no las oyeron bien aquellas gentes;

pues como al son de la primera frase

del colérico huésped, observaron

que no era tartamudo, no esperaron

60

a que él sus invectivas acabase,

para aturdirle a voces y silbidos.

Cosa fue de taparse los oídos.

-¡Qué-qué-qué-qué (decían) lengua-guaje!

De-de lo que habla el mu-mu-muy salvaje,  
65

la-la mi-mi-mitad se-se co-come.

Que un ma-maestro se-se le-le lleve,

y a fu-fu-fuerza de-de zu-zurridos,

que-que la-la costu-tu-tumbre tome

de-de hablar y an-andar co-cómo debe.  
70

Si en escapar de allí se tarda un poco,

me le enjaulan por loco.

Tal suele acontecer al desdichado,

que a combatir se atreve

un error por el tiempo consagrado.

75

[94]

Fábula XLV

El ruiseñor y la calandria.

Poeta campanudo, que te pierdes

allá por las fantásticas alturas,

sin que en tu vuelo rápido te acuerdes

de que al pobre lector dejas a oscuras,

a ti con las palabras me dirijo

5

que el ruiseñor a la calandria dijo:

¿Por qué tan a las nubes te levantas?

¿Quieres que no se entienda lo que cantas? [95]

Fábula XLVI

El linajudo y el ciego.

A un ciego le decía un linajudo:

Todos mis ascendientes héroes fueron.

Y respondiolo el ciego: No lo dudo:

yo sin vista nací; mis padres vieron.

No se envanezca de su ilustre raza  
5

quien debió ser melón y es calabaza. [96]

Fábula LXVII  
El molinero.

Nuestros romances de ciego

(jácaras que dicen otros),

ya se sabe que empezaban

exactamente de un modo.

Para cantar las proezas  
5

de algún insigne galopo,

que acabó suspenso en horca

sus días facinerosos;

para referir con gracia

las trapisondas y embrollos  
10

de alguna bruja, tres veces

baqueteada en el lomo;

o bien para describir

los sucesos portentosos

de Mari-Muñoz la tuerta  
15

y Andrés Chaparrín el sordo,

princiaban los poetas

pidiendo al Señor devotos

favor para celebrar [97]

lances que inspiró el demonio.  
20

Yo que un romance de aquéllos

enjaretar me propongo,

seguir quisiera un estilo

tan general y piadoso;

pero temiendo que digan  
25

que no es de fábulas propio

nombrar a Dios ni a la Virgen,

ni al celeste consistorio;

ya que haga una invocación,

según la norma que adopto,  
30

invocaré un personaje

fabulable y fabuloso.

Tú, Lazarillo de Tormes,

sisón célebre entre todos,

tú que tan cara pagaste  
35

la longaniza y el mosto;

ya que según nos refieres

en esas páginas de oro,

bajo el techo de un molino

abriste a la luz los ojos,  
40

inspira mi lengua sosa,

dale tu decir donoso

para que el garbo engrandezca

del molinero Jeromo.

Jerónimo Garranchón,  
45

ágil y robusto mozo,

de vista de águila y manos [98]

como entre de gato y mono,

alquilaba de ordinario,

cual diestro en aquel negocio,  
50

el molino de la harina

de un pueblo cerca de Toro.

Los molineros allí,

desde el tiempo de los godos,

de todo el trigo que muelen  
55

se hacen en especie cobro.

Maquilar llaman a esto;

mal-quitar, sostuvo un docto

que fuera mejor; la causa

búsquela por sí el curioso.  
60

Maquila es la cantidad

que el labrador por abono

cede al molinero en cambio

de hacerle su grano polvo.

A Jeromo, de maquila,  
65

tocaba en fanega sólo

medio celemín rasado,

sin una línea de colmo;

pero él las cosas a medias

las miró siempre con odio,  
70

y a pares los celemines

maquilaba sin rebozo.

-Es (clamaban los vecinos)

cosa que nos vuelve locos:

trigo que dé menos pan,  
75  
[99]

nunca lo vimos nosotros.

Esta merma ocasionó

quejas, riñas y alborotos,

y fue quitado el molino

al tal picaron de a folio.  
80

Tomolo un amigo suyo,

que, siendo sisón más corto,

comparándole al primero,

era concienzudo y probo.

Tuvo el nuestro que moler,  
85

después que sufrió el despojo,

una fanega de aquéllas

que ganó, ya dije cómo;

y encontró a su sucesor

fuera del molino en corro,  
90

jugando con siete holgones

una merienda de pollos.

-¿Tienes prisa? dijo el nuevo.

-Sí. -Pues yo no me incomodo.

Muele y maquila por mí.

95

-Corriente: a ver si me porto.

Descargó y entró el costal;

hinchó la tolva, y de pronto

lleno de trigo sacó

un esportón ancho y hondo.

100

-¿Habré maquilado bien?

(preguntó al nuevo, Jeromo.)

El hombre, viendo la espuerta, [100]

le contestó con asombro:

¿No muelas una fanega?  
105

-Sí. -Pues, si no me equivoco,

en ese capacho sacas

tres celemines. -Y bobos.

-¿Y es el trigo tuyo? -Mío;

pero es tan blanco y tan gordo,  
110

que maquilar la mitad,

aún me pareciera poco.

Es natural: ciertos vicios,

cuando se arraigan a fondo,

a costa de cuanto tiene  
115

los ejercita el vicioso. [101]

Fábula XLVIII  
La escala.

Hambriento un avión cogió un mosquito,

que indulto le pidió por ser chiquito

y dar poco alimento;

pero enojado el otro, a fuer de hambriento,

-No esperes (dijo) que tu voz me ablande:  
5

muere; que si eres chico, yo soy grande.

No bien hizo la muerte el inhumano,

píllale entre sus uñas un milano.

Temblando el avión gime y suplica;

pero el milano adusto le replica:

10

-No tienes que pensar que yo me ablande;

muere, que tú eres chico y yo soy grande.

Vio el águila al milano, entretenido

en devorar el pájaro cogido,

y volando veloz, le prende y mata,

15

por más que ruega y de salvarse trata.

-No es fácil (murmuró) que yo me ablande;

muere, que tú eres chico y yo soy grande.

Fue el águila a volar; pero la bala

de un diestro cazador le rompe un ala,

20

[102]

y al revolcarse por el suelo herida,

-¿Por qué (gritó) me privas de la vida?

-Porque no hay (dijo el hombre) quien me mande:

muere, pues eres chica, y yo soy grande.

Nadie uso indigno de sus fuerzas haga,  
25

o sepa, si obra mal, que al fin se paga.

No murió el cazador, y sí el mosquito,

y el lector pensará que sin delito.

No, pues al cazador con furia impía

le chupaba la sangre noche y día.  
30  
[103]

Fábula XLIX  
La prudencia humana.

Cayó en la red del pescador artero

un barbo jovencito.

¡Allí fue trabajar el prisionero

para romper el cáñamo maldito!

Chupa, muerde, batalla,  
5

deshilacha el torzal, quiebra una malla,

y al fin se libra del peligro fiero.

-¡Caramba! (prorrumpió) ¡de buena escapo!

Viviré en adelante sobre aviso.

Quien me pesque otra vez, ya ha de ser guapo.  
10

Mas una cosa de comer diviso,

que a merced de las olas sobrenada,

por un hilo sutil a un palo atada.

Es, si no me equivoco,

pan, y buena ración; pues me la emboco.  
15

Tírase al cebo el pez sin más recelo,

y al salir de la red, tragó el anzuelo.

Así, con sus propósitos ufana,

se arroja en pos del apetito loco

de yerro en yerro la prudencia humana.  
20  
[104]

Fábula L  
La vida del hombre.

Hecho ya el mundo y poblado

con todos sus animales,

a cada cual su destino

Júpiter quiso anunciarle.

-Tú has de servir (dijo al asno)

5

de acémila perdurable:

te darán mal de comer

y palos a centenares.

Treinta años es necesario

que en ese oficio trabajes;

10

después de treinta cumplidos,

te dejaré que descanses.

-Treinta años (replicó el burro)

de afán, de palizas y hambre,

son demasiado: te pido  
15

que unos veinte me rebajes.

Júpiter convino en ello,

y al perro mandó acercarse.

-Tú (dijo) serás del hombre

compañero inseparable.

20

[105]

Tú cazarás, y tu dueño

comerá lo que tú caces;

tú le guardarás la casa

treinta y cinco años cabales.

-Muchos son (repuso el perro),

25

porque es el trabajo grande:

quítame los veinticinco;

basta con los diez restantes.

-Norabuena (contestó,

el siempre benigno padre):

30

vete en paz, y al mono dile

que se me ponga delante.

Pasado el aviso al mono,

que vino haciendo visajes:

-Tú (díjole el dios riendo)

35

casi para nada vales.

Arrastrando una cadena

y en poder de charlatanes,

veinticuatro años harás

la diversión de las calles.

40

-¡Yo (gritó el mono) sufrir

veinticuatro años de ultrajes!

Rebaja pido. -Corriente.

¿Cuánto? -La tercera parte.

Tocaba entonces al hombre

45

a Júpiter presentarse.

-Ven tú, predilecto mío,

(prorrumpió el numen afable.) [106]

Mira esas verdes colinas,

mira esos floridos valles,

50

mira ese revuelto mar,

que tú poblarás de naves;

todo es tuyo: vive y goza

tesoros tan abundantes.

Treinta años te doy, que es tiempo

55

harto para que te sacies.

-¡Treinta no más! (clamó el hombre.)

Es un soplo, es un instante.

Con plazo tan reducido,

¿qué ha de poder disfrutarse?

60

Dame cien años lo menos,

o si no, recoge y dame

todos los que el mono, el perro

y el asno dejaron antes.

Júpiter condescendió,  
65

bien que no de buen talante,

y explicó de esta manera

su decreto inalterable:

-Al asno, al perro y al mono

la vida les heredaste;  
70

les heredarás también

con ella sus propiedades.

Treinta años de vida de hombre

tendrás feliz y agradable;

pero de bestia será  
75

desde treinta en adelante. [107]

De los treinta a los cincuenta

en ti lloverán afanes;

mantendrás casa y familia

con tu labor incesante.

80

De allí a los sesenta y cinco,

adorando en lo que guardes,

no dormirás, recelando

que todos van a robarte.

Si de allí pasas, entonces,

85

perdidas tus facultades,

te harán fábula del mundo

chocheces inaguantables.

Mejor mil veces te fuera

con mi gusto conformarte:  
90

bien te di, y el mal pediste

quien lo quiso, que lo pase. [108]

Fábula LI  
Júpiter y la oveja.

Tantos y tales trabajos

hicieron pasar las fieras

al más inocente bruto,

a la pacífica oveja,

que a Júpiter hubo al cabo  
5

de pedir que discurriera

cómo buscaba camino

para aliviar sus miserias.

Júpiter le dijo: -Veo,

y hartos de verlo me pesa,  
10

mansa criatura mía,

que te he dejado indefensa.

Para suplir esta falta,

elige el medio que quieras:

las armas que más te agraden,  
15

te dará mi omnipotencia.

¿Quieres que dientes agudos

en tus mandíbulas crezcan,

o que tus pies se revistan

de fuertes garras que hieran?  
20

[109]

-No quisiera yo, señor

(respondió la pretendiente)

cosa que me asemejara

a la raza carnicera.

-¿Será mejor que introduzca  
25

mortal veneno en tu lengua?

-No, que me aborrecerán

lo mismo que a las culebras.

-¿Quieres que te arme de cuernos

y a tu frente dé más fuerza?  
30

-No, que entonces, como el chivo,

no me hartaré de pependencias.

-Pues, hija, yo sólo puedo

salvarte de una manera:

para que no te hagan daño,  
35

preciso es que hacerlo puedas.

-¿Preciso? (la oveja exclama,

dando un suspiro de pena):

prefiero entonces a todo

mi flaca naturaleza.  
40

La facultad de dañar

gana de dañar despierta,

y por no hacer sinrazones,

vale más el padecerlas.

Júpiter enternecido  
45

bendijo a la mansa bestia,

y ella no volvió jamás

a pronunciar una queja. [110]

Fábula LII  
El alma de Salomón.

Un laborioso anciano

de sol a sol sin descansar labraba

la fértil heredad que poseía.

Él por su mano araba;

él por sí mismo el grano,  
5

que el sustento común del hombre encierra,

solícito vertía

en el fecundo seno de la tierra.

A la sombra una vez que en torno arroja

una altanera encina,  
10

copuda en ramas y poblada en hoja,

preséntase al anciano de repente

una visión divina.

Él se sorprende y pasma;

y en acento más dulce que severo  
15

le dice la fantasma:

«No la presencia mía te amedrente:

Soy Salomón: declárame sincero,

¿por qué, ya que tu edad va declinando,

tan ávido te afanas trabajando?

20

[111]

-Si eres el sabio rey gloria de Oriente,

(el labrador contesta)

ya puedes figurarte mi respuesta.

Yo estudié con desvelo tus lecciones:

en ellas al mancebo le propones

25

que a recoger aprenda de la hormiga,

sin perdonar momento ni fatiga.

Yo su ejemplo he seguido,

y lo que dócil aprendí mancebo,

viejo también a ejecución lo llevo.

30

-A medias solamente has aprendido

(dijo la sombra) mi consejo sano.

Vuelve de nuevo y a la hormiga observa,

y en su sagaz gobierno

verás que si trabaja en el verano,  
35

prudente se reserva

sus acopios gozar en el invierno.

Tú, que al invierno triste

llegaste de la vida,

reposa ya y descuida,  
40

y disfruta por fin lo que adquiriste. [112]

Fábula LIII  
El cangrejo.

Resto de una comida,

que orilla de un arroyo fue servida,

quedó sobre las yerbas arrojado

el conchudo cadáver de un cangrejo,

lo mismo que la grana colorado.

5

Miraban y admiraban reflexivos

otros cangrejos vivos

aquel tinte magnífico bermejo,

y cada cual de su interior exhala

esta loca expresión: ¡Hermosa gala!

10

¡Quién el secreto raro poseyera

de poderse pintar de igual manera!

Oyendo la ocurrencia peregrina,

díjoles un ratón, docto en cocina:

Para adquirir matices tan brillantes,  
15

no hay otro medio que coceros antes:

mirad, pues, lo que al mísero le cuesta

la mortaja de honor que tiene puesta.

Quien envidie la fama esclarecida

que a los varones célebres rodea,  
20

tome su historia y vea

¡cuánto dolor acibaró su vida! [113]

Fábula LIV  
El león y la liebre.

Cierto león solía

por su bondad de genio

tener con una liebre

sus ratos de recreo.

¿Es verdad (preguntole  
5

la liebre en uno de ellos)

que un miserable gallo,

si empieza el cacareo,

os hace a los leones

tímidos ir huyendo?  
10

-No tienes que dudarlo

(dijo el león sincero):

lo mismo al elefante

le pasa con el cerdo,

que si oye su gruñido,  
15

se asusta sin remedio.

Los grandes animales

(preciso es conocerlo)

una flaqueza de estas [114]

por lo común tenemos.  
20

-¿Sí? (replicó la liebre.)

Vamos, pues ya comprendo

por qué tememos tanto

nosotras a los perros. [115]

Fábula LV  
Los viajes.

Un pescador, vecino de Bilbao,

cogió, yo no sé dónde, un bacalao.

-¿Qué vas a hacer conmigo?

(el pez le preguntó con voz llorosa.)

Él respondió: Te llevaré a mi esposa:  
5

ella con pulcritud y ligereza

te cortará del cuerpo la cabeza;

negociaré después con un amigo,

y si me da por ti maravedises,

irás con él a recorrer países.  
10

-¡Sin cabeza! ¡Ay de mí! (gritó el pescado.)

Y replicó el discreto vascongado:

¿Por esa pequeñez te desazonas?

Pues hoy viajan así muchas personas. [116]

Fábula LVI  
El plantador.

Yo esa higuera planté y aquel manzano,

y ambos me rinden hoy copioso fruto.

Hijos, igual tributo

debéis pagar a vuestro padre anciano. [117]

Fábula LVII  
La mariposa y la efímera.

LA MARIPOSA.

Insectillo

singular,

¿quién te puso

donde estás?

LA EFÍMERA.

Ha corrido  
5

la mitad

de mi vida

natural,

y he morado

siempre en paz  
10

esta mata

de arrayán.

LA MARIPOSA.

Yo el cercano

manantial

acostumbro  
15

visitar,

y te juro [118]

que jamás

vi tu rastro

ni tu faz.  
20

Tú no estabas,

en verdad,

ha tres horas

por acá.

LA EFÍMERA.

Bien lo puedes  
25

afirmar:

yo no tengo

tanta edad.

LA MARIPOSA.

¿Cuánta vida

Dios os da,  
30

por el orden

regular?

LA EFÍMERA.

Muchas horas:

seis quizá.

LA MARIPOSA.

¡Espantosa  
35

brevedad!

LA EFÍMERA.

¿Hay especie

de animal

cuya vida

dure más?

40

[119]

LA MARIPOSA.

Infinitos

de los que hay,

miles de horas

ven pasar.

LA EFÍMERA.

¡Oh, qué inmensa

45

cantidad!

¿Luego nunca

morirán?

LA MARIPOSA.

Todos tienen

que acabar:  
50

ley es esta

general.

LA EFÍMERA.

Si su vida

cesará,

no la debo  
55

codiciar.

Larga o corta,

se hace igual

en el punto

de expirar.  
60  
[120]

Fábula LVIII  
El extracto de la biblioteca.

Hizo un rey extractar su librería,

que los tomos contaba por millones,

y un resumen le dieron que tenía

estos cuatro renglones:

«Un quizá representa

5

la ciencia toda que el mortal adquiere,

y la historia del hombre sólo cuenta

que nace, pena y muere.»

Pero el Monarca, sabio verdadero,

mandó añadir tras el renglón postrero:

10

«Cuando el hombre del cuerpo se desnuda,

ve claro al fin lo que viviendo duda,

y a la paciente vida meritoria

sigue infinito bien, eterna gloria.» [121]

Fábula LIX  
El canto del cisne.

LA PALOMA.

Dulcísimos ecos

llegaron a mí,

paloma nativa

de extraño país.

Decid, ruiseñores,

5

¿quién canta? Decid.

Igual melodía

jamás os oí.

LOS RUISEÑORES.

Paloma que pasas

por este jardín,

10

el músico dulce

le tienes aquí.

De viejo anhelando

cesar de vivir,

el cisne celebra  
15

su próximo fin.

LA PALOMA.

Venid, avecillas, [122]

conmigo venid;

la muerte admiremos

del ave feliz.  
20

¡Bien hayan las vidas

que acaban así!

¡Bendito el que puede

cantando morir! [123]

Fábula LX  
La madre y el alma inocente.

LA MADRE.

Murió mi dulce María,

mi consuelo, mi alegría:

con ella al sepulcro voy.

EL ALMA INOCENTE.

No me llores, madre mía:

yo era mujer, ángel soy.

5

[124]

Fábula LXI

Los muertos envidiados.

Miraba Calderón (no el de la Barca,

sino el que fue ministro del monarca

Don Felipe tercero),

Rodrigo Calderón miraba, digo,

un cementerio de Madrid un día,

5

y en él halló un letrero

cercano del umbral, que así decía:

«Amigo y enemigo

aquí en profunda paz reposan juntos.»

-¡Ay! (Exclamó Rodrigo)  
10

¡venturosos mil veces los difuntos! [125]

Fábula LXII  
La regla general.

UN JOVEN.

Amé a Dios y a mis padres, fui buen hijo,

y el Señor en la tierra me bendijo.

UNA JOVEN.

De tener buena madre honrarme puedo:

su virtud aprendí, su dicha heredo.

OTRA JOVEN.

Me crié sin que a nadie obedeciera:  
5

hoy vivo sin salud en la Galera.

OTRO JOVEN.

Irreligioso joven, hijo malo,

maldito del Señor, muero en un palo.

REGLA GENERAL.

El mundo enseña, de ejemplares lleno,

que para ser feliz, hay que ser bueno.  
10

El justo goza, los malvados gimen.

¡Dichosa la virtud! ¡Mísero el crimen!

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

---

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#). [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

